

WARZO
1944

PACIFICO

PRECIO:
UN PESO

MAGAZINE



La felicidad modesta

en la vida

Por _____
ALBERTO EDWARDS

El Veraneo

antaoño y hogaño

Vieja y excelente costumbre ha sido en Chile la de salir a veranear. Muchos volúmenes podrían escribirse, hablando al estilo de don Marcial Martínez, sobre sus orígenes y evolución histórica.

Allá en tiempos remotos, cuando los pesos de 48 peniques y las crinolinas, en

la época en que Martín Rivas compraba botines de charol en plena Plaza de Armas, esquina de Monjitas, digo, la institución del veraneo nada había perdido de su pureza primitiva.

Se salía entonces de Santiago, durante los meses de calor, con dos objetos: bañarse y ahorrar dinero.

Toda la gente de buen tono tenía en aquel tiempo, fundo propio o arrendado. Fuera dueño de grandes haciendas o de un pequeño majuelo, el señor santiaguino, no era considerado como tal si no podía hablar del "fundo".

La falta de medios de comunicación, facilitaba a los propietarios rurales la grata tarea de fantasear acerca de sus predios rústicos... ;Tiene hacienda!... se decía de don Fulano y, don Perengano, y las gentes candorosas se imaginaban, con este nombre, una especie de reino con muchos miles de cuadras de tierra de migajas, pobladas por ganados innumerables, dignos de los tiempos patriarcales, y por centenares de familias de inquilinos...

Testimonio de aquellas lejanas grande-



zas, lo daba la carrera o la récula de mulas que de tarde en tarde se detenía junto al portalón de la casa patricia, para depositar allí el sabroso cargamento de lo que daba la estación: flos de charqui, sacos de papas, melones y sandías, y, hasta cocha-yuyo, cuando el fundo era de costa.

Como entonces no se

usaban las acciones ni los bonos, como en las ciudades casi todo el mundo vivía en casa propia, y no había forma de ser propietario de fincas urbanas de arriendo, el que no era dueño por lo menos de un fundo, pasaba a figurar "ipso facto incurrenda" en la categoría de los pobres diablos.

La humillación de estos tales pobres diablos, llegaba a su colmo, cuando, al iniciarse la época de "las calores", como se decía entonces, no les era posible embarcarse al igual del vecino, en el desventajado birlocho o en la entoidada carrreta, para ir a pasar en "el fundo", la temporada de verano.

Desde que Adán y Eva comieron la manzana, la humanidad ha sido siempre la misma, o, a lo menos, ha cambiado poco. El afán de no ser menos que el otro, era tan poderoso en 1850 como en 1914. El hombre "sin fundo" y sobre todo la mujer del hombre susodicho, no podían conformarse con la idea de que los vecinos cayeran en la cuenta de tamaña falta contra las leyes del buen tono. Era necesario fingir el fundo, ya que no se le

tenía, y las crónicas viejas nos cuentan de familias que, no contentas con tapiarse a piedra y lodo en sus respectivas casas durante "el verano", adoptaban todo género de precauciones, para hacer creer al vecindario que don Fulano de Tal, esposa e hijas, se habían ido "a la cosecha". Tapiaban de paja el frente de la casa, como testimonio del paso por allí de una carreta fantasma, y cometían, en suma, todas las ridiculeces, inherentes a la perdurable vanidad humana.

A pesar de todo, el veraneo era en aquel tiempo una gran institución. Acaso debimos a ella los 48 peniques de que gozábamos, y además un poco de higiene.

Hemos dicho que uno de los objetos al salir de Santiago entonces era el de bañarse. Grandes y buenas personas fueron nuestros antepasados, pero tengo para mí que debían oler muy mal. La gente no se bañaba. Los más refinados solían tener allá en el último patio de la casa, junto a cierto barraconcito misterioso de tablas "con vistas" a la acequia, una pieza enladrillada y sin blanquear, con una tina de madera, en que una persona de regular estatura, casi podía acucillarse... ¡Era el baño!...

Ni en el verano ni en el invierno, se acercaba nadie a aquella pieza por estar limpio. Se iba allá para "la calor", y un baño se comentaba en el vecindario.

No soy viejo, pero recuerdo haber oído a una señora patricia, dar a sus vecinas esta noticia estúpida:

"Ayer me bañé"...

La acequia del fundo por turbia que fuese, era entonces un gran recurso. Los cuerpos de nuestros distinguidos pelucos y de nuestras soberbias patricias, tomaban en ellas concejimientos y contacto del agua, siquiera algunas veces en el año.

Pero la gran utilidad del antiguo veraneo, era su aspecto económico. El hacendado cosechaba por dos capítulos. Trigo en las eras, y economías en el presupuesto familiar. Por tres, por cuatro y hasta por cinco meses se vivía sobre el país, de los frutos de la tierra, sin gastar en coche, ni en trajes, ni en teatro, ni en género alguno de vanidades... ¡Y aquella miseria era de buen tono! ¡Estaban en el fundo!...

Los tiempos fueron cambiando. Nació primero la profesión del usurero a secas...

Es verdad que antaño, nuestros padres,

cuando tenían algunos realitos disponibles, no se avergonzaban de "ponerlos a interés", en condiciones para poner amarillos de envidia a nuestros bancos de hoy, pero pocos eran usureros por sistema, por oficio.

Antes que el "funesto decenio" instituyera la Caja Hipotecaria, el usurero a lance, y el profesional cobraban modestamente el dos por ciento... todos los meses. ¡Ni Anás, ni Caifás, ni todo el Sanhedrín, llegaron más lejos!...

¡Cómo se temía y respetaba entonces a los prestamistas! A falta del recurso del papel moneda, inventado mucho más tarde, el agricultor no conocía otra venganza que la del pelambre...

—¡Allá va don Nabucodonosor!...

Y se contaban historias espeluznantes de su avaricia, y de su mezquindad.

Don Nabucodonosor solía no tener fondo. Buen calculista, prefería ganar su modesto dos por ciento, sin abandonar su gran centro de operaciones en Santiago.

Pero la señora y las hijas de don Nabucodonosor, no se conformaban con quedarse en Santiago, asándose en el tercer patio de su casa, ni más ni menos que la síltica de la Perengana, mujer del oficial tercero de la Contaduría Mayor.

El usurero solía converse, aunque pareciera mentira, ante este cuadro de horror, y de allí el origen de las primeras quintas de veraneo, y de la temporada de baños en Cartagena primero, y en Viña del Mar, después.

II

Todo se ha transformado ahora.

La gente se baña todo el año, con comodidad y en su casa, no es indispensable tener hacienda para ser persona decente, y comienza a ser de mal tono veranear en "el fundo".

En el nuevo ambiente, la institución ha degenerado, y casi podría decirse que sólo quedan de ella las malas consecuencias.

La peor de todas es esta suspensión de la vida civil, política y comercial, que se llaman vacaciones.

En 1850, cuando casi sin excepción la sociedad entera se dedicaba a la agricultura, el que los hacendados y sus familias residieran en el campo durante las cosechas, no perjudicaba a nadie. Muy por el contrario, si continuaran haciendo lo mismo, tanto mejor.

Si el que vive en la ociosidad, de Enero a Enero, con o sin renta, veraneara, aunque fuera en el Polo Sur, tampoco a nadie se le daría un ardite.

El abuso consiste:

En el veraneo del Gobierno... Durante las vacaciones no se gobierna... En el veraneo de los tribunales de justicia... En Enero y Febrero nadie puede obtenerla... En el veraneo de los hombres de negocios... esto es la necesidad obligada y reglamentaria de una ciudad entera y por período que casi alcanza a la cuarta parte del año.

Pero no es mi ánimo hablar aquí de los funestos resultados económicos y sociales de semejante abuso. Me bastará recordar que las condiciones en que se desarrolla hoy el trabajo nacional, han cambiado mucho desde 1850, que tanto se ha complicado ahora y que vivimos en tiempos de conveniencia agria y esforzada entre el trabajo de los pueblos... Ninguno puede hoy tenderse a la bartola, sin perecer.

Volvamos a la vida práctica...

¿Dónde están las delicias del veraneo?

Comprendo que el hombre bastante rico para ser propietario o arrendatario de un elegante chalet en Vifa del Mar, donde va a encontrar todas las comodidades de su propio hogar, veranee en aquel fresco y dulce paraíso de flores y jardines encantados, abundante en recursos, donde se traslada gran parte de la buena sociedad de Santiago.

Veranear así es un placer: no lo discuto.

Por desgracia, no todos pueden veranear así. Muchos hay que, arrastrados por las imperiosas exigencias de la vanidad y de la moda, no vacilan en abandonar sus negocios y la tranquilidad y el confort de su hogar, para meterse en agujeros inverosímiles, en ranchos que desdeñaría en Santiago un modesto empleado de cinco mil pesos anuales.

¿Para qué?

La razón que se da de ordinario es la salud de los niños. Pésima excusa; nada ganará esa salud preciosa, si meten a los pobrecitos de a cuatro o de a cinco en una pieza mal ventilada.

¿Que Santiago se convierte en un desierto durante los meses de verano? Tanto mejor, si lo que se busca es el descanso y la holgura de una temperatura de vacaciones.

Se dice que en Europa también las gen-

tes veranean. Es la verdad, pero hay mucho que distinguir a este respecto.

En esos países antiguos y ricos, existen innumerables familias que viven de sus rentas, que poseen en el campo suntuosos castillos y palacios, o que sin perjuicio alguno de unos negocios que no tienen, pueden pasar una temporada en Brighton o en Trouville, alojadas en hoteles espléndidos, provistos de todo género de refinamientos.

Esa aristocracia es la que veranea en forma más o menos análoga, aunque en mucho mejores condiciones, a las del veraneo en Chile.

Las gentes más modestas, sobre todo en Inglaterra, se dan también sus vacaciones, pero de otro género. No se prolongan éstas por meses y meses. Un viajecito de diez, doce o quince días por Francia, Suiza, el Rhin, los lagos de Escocia o el país de Gales, basta para la felicidad del profesional, de la institutriz, del pequeño comerciante. Ni es la ciudad entera la que sale a pasar el mismo tiempo, dejando en suspenso la actividad entera del país. Cada cual aprovecha su licencia en el tiempo en que se la dan, sea verano, otoño, primavera, o invierno. Todas las estaciones son buenas para el descanso del cuerpo y del espíritu. Sólo cambia con la época, el programa del viaje, al Norte o al Sur, en busca de un clima propicio.

Es que en esos países se sabe vivir: los hombres de trabajo no imitan al rentista; el negociante no toma el tren del ocio diplomático. Cada cual se compone conforme a sus necesidades y exigencias.

Chile es un país maravillosamente dotado para las pequeñas excursiones. Si el maravilloso sur no es recomendable sino en verano, los tibios mares del norte, la romántica Serena, la propia costa de las provincias centrales hasta Constitución son magníficas residencias de invierno.

Estoy seguro que con los adelantos futuros de la civilización, la sociedad abandonará esta costumbre del "veraneo artificial", que tanto perjudica a la economía y al buen orden del país, y cada cual tomará sus vacaciones en el tiempo que le sea más oportuno, ya sea dando una corta vueltecita por el sur en los meses de calor, o navegando en invierno hasta Coquimbo o Arica, según sea el tiempo y los recursos de que disponga.